

Alejandro Zambra habla sobre su nuevo libro, "Poeta chileno"

"Esta novela va contra el heroísmo del poeta, ese mito tan masculino y cómico"

LEONARDO SANHUEZA

Es 1991. Gonzalo tiene 16 años y está enamorado. Él y su polola son vírgenes, se pasan las tardes en el living familiar, fingiendo interés por la tele-serie, tapados con una frazada para disimular las maniobras que los tienen a punto de cortar las huinchas de su iniciación sexual. Al fin llega el momento propicio y ocurre lo que debe ocurrir, pero luego los hechos se precipitan, todo se va a las pailas y Gonzalo queda desolado. Hasta ahí, la historia no pasaría de ser otro calamitoso final de amor adolescente, pero el protagonista decide jugarse una última carta, sin saber el lío en que está metiéndose: para recuperar a su polola, lo apuesta todo a la poesía.

Tal es el punto de partida de la nueva novela de Alejandro Zambra, *Poeta chileno*, que llega a las librerías publicada por Anagrama. Es un libro que, a partir de ese candor juvenil, se interna en una trama de casi un cuarto de siglo en que la vocación literaria se entrelaza con vínculos familiares, relaciones entre padrastros e hijastros, soledad y compañerismo, egoísmo y fraternidad. Ese vínculo conflictivo entre literatura y vida afectiva está en el meollo de la novela, al punto de que sus dos protagonistas, con más de veinte años de diferencia, llegan a la poesía casi por azar, llevados más por sus circunstancias vitales que por alguna educación literaria que los determine.

—Conozco pocos escritores de mi edad —dice Zambra— que hayan crecido hojeando los libros de la biblioteca familiar. El hallazgo de la poesía fue para nosotros una pasión inesperada.

En algún momento descubrimos la eficacia de la poesía, su capacidad para comunicar algo que reconocíamos y que parecía im-

posible comunicar. Ese poema de Vallejo, por ejemplo, que comienza con el verso "Hoy me gusta la vida mucho menos", que explica por sí mismo la especificidad de la poesía. O "Tarde en el hospital", de Pezoa Véliz, que leí en un afiche en el metro, a finales de los años ochenta.

Aun así, aunque habla sobre poetas y está llena de referencias librescas, la novela parece tener su foco en otra parte:

—Es la menos "literaria" que he escrito —sostiene el autor—. Me interesan mucho más las bambalinas de la vocación poética, la vida

A partir de un amor adolescente, la novela se interna en una trama de casi un cuarto de siglo en que la vocación literaria se entrelaza con vínculos familiares, relaciones entre padrastros e hijastros, soledad y compañerismo, egoísmo y fraternidad.

privada que los malos poemas esconden o disimulan y que los grandes poemas exponen, ventilan, profundizan. Como poeta yo era muy malo, justo por eso, porque la poesía me proporcionaba la posibilidad de esconderme, de generar la ilusión de que establecía alguna clase de comunicación. Como novelista no sé si soy bueno o malo, pero sí he llegado a convencerme de que vale la pena publicar lo que escribo.

—Los protagonistas son dos poetas jóvenes: Gonzalo, de principios de los 90, y Vicente, casi de hoy. ¿Qué similitudes

ves entre ambas juventudes literarias?

—El Chile de comienzos de los noventa es difícil de narrar, porque la adolescencia coincidía con el comienzo de la transición y todo parecía engañosamente nuevo. Veo ese tiempo como un permanente coqueteo con la angustia y la búsqueda medio desesperada de sentidos. Vicente también vive, a fines de 2013 y comienzos de 2014, un momento de presunta eferescencia, un tiempo de promesas, antes de que asumiera por segunda vez Michelle Bachelet.

—Gonzalo es padrastro de



TOLUANI CAMARA

Gatos borrados

Un personaje secundario pero muy importante de "Poeta chileno" es la gata Oscuridad. "Es el único aspecto ciento por ciento autobiográfico de esta novela", asegura el autor. No es primera vez, en todo caso, que un gato ha entrado en sus libros, pero a menudo esos felinos previos se hicieron humo antes de llegar al lector. "En mis libros hay varios gatos borrados", explica. "Quiero decir, siempre, en las primeras versiones, hubo gatos, pero luego los quitaba, y sólo sobrevivieron algunos en 'Mis documentos'. Los borraba porque me gustan demasiado; me costaba mirarlos, describirlos bien. Son personajes literarios por excelencia, emblemáticos de la opacidad, inabordable. En la novela le robo a Derrida una imagen crucial sobre la vergüenza humana, comparada con el sereno descaro de los gatos".

"Esta novela es la menos 'literaria' que he escrito", sostiene el autor.

tensión ambas esferas de los vínculos afectivos.

—Creo que esa es la tensión fundamental que recorre la novela —explica—. En el origen de la novela está el deseo de comparar la familia nuclear con la familia literaria. En cierto modo, desde la adolescencia en adelante, la familia se va ampliando vertiginosamente, sobre todo porque cuestionas los prejuicios que en algún momento gobernaron tu propia mirada. Ahora, a los cuarenta y tantos, sobre todo desde que vivo fuera de Chile, ambas familias prácticamente coinciden. Cuando voy a Chile mi sensación inmediata e íntima respecto de amigos y conocidos es muy parecida a la que tengo respecto de mis padres: los extraño, los quiero y los juzgo como a compañeros de ruta, de vida.

En la novela, una periodista gringa que llega casi por casualidad a nuestro país termina en las entrañas del mundillo de los poetas chilenos, sumida en una especie de safari medio demencial. Es un circo extraño y violento, lleno de egolatría, machismo y tontería, en el que sin embargo hay una encantadora inocencia. "Esta novela quizás va en contra del heroísmo del poeta, ese mito tan masculino, tan cómico, en que nos criamos", dice el autor.

—¿Cómo fue escribir en México un libro tan chileno?

—Supongo que en el futuro escribiré sobre México, porque mi hijo es mexicano. Escribir esta novela fue un modo de estar en Chile. En realidad siento eso, no he dejado de sentir que cuando escribo estoy en Chile, tal vez en el sentido en que antes se decía de alguien que estaba en la luna.

Vicente. Eso es importante en el libro, que no sea su padre, sino su padrastro y eventualmente su amigo.

—Más allá de las circunstancias biográficas que me han llevado a pensar mucho en la padrastría, me parece que es un tema preciso para abordar la relación compleja de mi generación con la idea del padre-dictador, nuestro conflicto con la autoridad, del cual se ha hablado mucho, en todos los tonos, desde la sensatez hasta la estupidez, a propósito del estallido social.

Aunque la novela se abre con el epígrafe "No hay casa, ni padres, ni amor: sólo hay compañeros de juego", de Alain-Fournier, en sus páginas la importancia de esa casa, de esos padres (o padrastros), de ese amor, a menudo va al rescate de los personajes durante la parodia mordaz del frágil compañerismo literario, poniendo en